

Una invitación a la alegría es la que nos hace

Monseñor Romero para este segundo domingo del Tiempo Ordinario. Una alegría que tiene que ver con el optimismo que todas las personas debemos que tener, aún en los tiempos difíciles, ya que “en la manera que un

pueblo encuentra los caminos de la paz y la justicia, la fraternidad y el amor, Cristo está glorificándose, Cristo está en la historia y la historia lo refleja, como alegría de los pueblos, como confianza de los hombres” (20/01/1980).

En las bodas de Caná, Cristo da a conocer a través de Juan, el primer milagro, su primer signo, que es expresión de su Cruz y su Pascua. Y en esta boda, Dios, dentro de un ambiente matrimonial, un ambiente festivo, manifiesta su deseo que tiene para la humanidad: “la alegría de vivir, la felicidad de amar, de compartir, de hacer fiesta. Dios no es un Dios triste, Dios es Dios fiesta, Dios festín, Dios alegría y en el corazón del hombre que tiene fe, no cabe el pesimismo”

Y dentro de ese ambiente alegre Monseñor

La gloria de Cristo manifestada en la felicidad de la gente

nos expresamos para ir cada uno a su casa”.

El otro símbolo que aparece en este segundo domingo es María, como la imagen de la Iglesia. San Juan muestra la relación que hay entre Jesús y la Iglesia: un hijo y su madre que no se separan y una madre que intercede con fiabilidad.

Monseñor nos dice que esa es la actitud que los cristianos debemos tener: “la actitud de María debe ser nuestra actitud de Iglesia: confiada pero activa. María es la conjugación maravillosa de la fe y de la actividad. Eso debe ser cada católico: conjugación maravillosa de fe que pone en Dios toda su confianza y conjugación también de los valores humanos. Creer también en mi actividad humana, y la necesidad de poner confianza, también, en los hombres”.

Romero dice que saca una conclusión: “Nuestra religión es un festín. Nuestras reuniones de misa dominical debían de caracterizarse por la alegría, el contacto con este Dios que nos ama. Debíamos de cantar, debíamos de participar. Esta salida del templo para mí es una inspiración: la alegría, el amor, el cariño con que nos saludamos,

En María, nos dice Monseñor, se reconoce la riqueza de los carismas: “Carismas son todas las gracias que Dios da a una persona para que sea útil en el conjunto de la comunidad. María es todo lo que puede necesitar la Iglesia en su aspecto carismático”. Y señala que aquí está la pauta para la solución de nuestros problemas: “Si en El Salvador también, se pusieran los cristianos a hacer verdaderas comunidades, Pueblo de Dios, inspirados en fe, iluminados en esperanza, animados por un amor fraternal, hijos de un mismo Padre, estas comunidades religiosas o de comunidades de base, comunidades de cris-

tianos, estarían dando el modelo, el proyecto para organizar la sociedad en El Salvador”.

En este sentido, Monseñor nos dice que “En la medida que un hombre es feliz, se está manifestando allí, la gloria de Cristo. En la manera que un pueblo encuentra los caminos de la paz y la justicia, la fraternidad y el amor, Cristo está glorificándose, Cristo está en la historia y la historia lo refleja, como alegría de los pueblos, como confianza de los hombres”♦

“Dios es Dios fiesta, Dios alegría y en el corazón del hombre que tiene fe, no cabe el pesimismo”